

Francisco Serrano

A L I C U A N T A

(1984)

A la señora Lupesco

*Porque voraz el tiempo no los borre.*

Sor Juana Inés de la Cruz

# Permanencia del tiempo

## PERMANENCIA DEL TIEMPO

*Nous sommes toujours au delà.*

Montaigne, *Essais*

Imperceptible, inexorablemente  
llega la niebla: igual que un tigre adverso  
trepa el brusco flanco de la montaña  
—rayada, aciaga, al alba—, y se derrama  
en el valle como una inundación,  
como la masa fantasmal de un río  
sin orillas crecido con las lluvias;  
sombra deslizante de un gran volumen  
de agua en movimiento, precipitándose,  
engullendo la tierra,  
con la encrespada cresta amenazante  
y jirones de espuma como garras.  
Bajo su masa el muro fiero oculta  
oblicuos techos de casas, peñascos,  
bosques de encinos de elevados troncos  
sumergidos en la parda extensión.  
Ondas alzadas y vertiginosas.  
Cantiles grises que se arremolinan  
como la crin de un caballo al galope.  
¿Acaso la revuelta superficie no ignora  
que por debajo de este movimiento

de tal violencia y fuerza  
corre sin detenerse una historia distinta  
y que otro mar más lento se desplaza  
con secreta velocidad?

### Depósitos

de basalto reciente, sedimentos,  
lechos de muchos ríos incrustados  
en litorales de contornos ígneos,  
simas, altas montañas, ventisqueros,  
territorios de rojizas arenas,  
oscilan a sí atados como eternos  
platillos de una invencible balanza.  
“Aquí esculpí mí rostro”, escribió el viento.  
Aquí siglos de laboriosa lluvia  
y de fuego, en un segundo borrados  
por la creciente, son nada: fugaces  
hitos en la secreta red del tiempo.

Despeñándose con la bravura del torrente,  
alta, convulsa como una inundación  
mas lentísima e impalpable y sin peso,  
la niebla anega el valle: silencioso  
estrépito que va desbaratando  
el incierto dibujo de las cosas.  
Cuerpo ciego, esparcido de la niebla,  
que funde en una sola

las sucesivas capas del instante  
perpetuo que es el mundo: identidad  
y mudanza, piedra y nube barridas  
por el incesante viento del cambio.

No quedarán los rasgos de esta guerra;  
*no los preserva el tiempo, que los borra.*  
Son insustanciales geografías,  
montañas que son olas que se alzan  
y arrodillan en solo un parpadeo,  
avalancha de rocas vuelta nube,  
ímpetu en estas letras congelado.

## CORTE LONGITUDINAL DE DOS FIGURAS EN POSICIÓN DE COITO

*Especulador de esta máquina nuestra, no te angusties por dar conocimiento de ella a través de la muerte de otro, sino regocíjate, pues has concentrado el intelecto en tal excelencia de instrumento.*

Leonardo da Vinci

Uno contra el otro, Amor, uno enfrente del otro,  
recuperados sólo  
por la belleza dulce de los rostros,  
de pie, de cabeza, sobre un flanco y sobre el vientre,  
sin mirarse se miran a los ojos.

Arrebatados por la plenitud  
del festín de la carne  
que deliciosamente los agita,  
dos enlazados y vertiginosos  
se irisan sabiamente,  
tocan sus cuerpos y conocen su alma,  
saltan el tiempo y son invulnerables.

(Aquí  
se dividen dos seres por la imitad  
y se describe lo que queda:  
el oscuro origen de la primera,  
quizá la segunda razón de ser.)

En medio de la frente, en ese punto  
donde confluyen todos los sentidos,  
crece el fulgor del cuerpo transparente.  
Y así unidos, en libre trabazón  
escorzados, cayendo  
de la piel a los músculos,  
de los huesos al alma,  
reconocen la *obscenidad perdida*:  
su cuerpo está más lejos de su cuerpo.

Contrario al hondo comienzo del mar  
que en sí recibe el caudal de los ríos,  
el oleaje de la sangre alzado  
por todas las venas hierve y se encrespa.  
Prende en la doble corola malva de los pechos,  
baña los hombros y la espalda, dóciles  
al ímpetu que los exalta.  
Crujen los ligamentos en el cuello  
como el mástil de un barco con sus velas;  
aparejo en que se trenzan los músculos  
que levantan las caras hacia el cielo.

La percusión que provoca el impulso  
de la fuga no está ausente: palpita  
donde un anillo de vasos circunda  
en forma de corona, el corazón.

La tráquea, donde fluye la voz,  
por la elasticidad de sus cartílagos  
da común cuenta de los estragos del espasmo;  
como el cuello de un cisne  
puede hacerse graznar después de muerto.

A los claros cabellos les replican,  
crispándose, los blandos intestinos.  
Se contraen los músculos del ano,  
se distienden, como una flor pentámera:  
parpadea el ojal rosado de los cuerpos.  
¡Mira la verga largamente hundida,  
muy tensa, en el útero anhelante cómo expele  
activo, espeso esperma!  
(Mañana una sola alma gobernará dos cuerpos,  
así ella deseará el alimento  
y el que viniere quedará marcado por ello;  
reposará en el agua  
compartiendo su peso.)

Y sin embargo aquí, especulador,  
en la página sepia  
que recoge los trazos  
de un rigor obstinado, la mujer se disipa:  
desvanecida, inquietará la sangre.

Uno hizo de su horripilada fascinación  
por las “partes peludas”  
materia de su curiosidad y del asombro.  
En ellas no encontró el impedimento  
ni de la avaricia ni  
de la negligencia: sólo del tiempo.

Dos enlazados, inmóviles, pasan  
viajando de costado hacia la muerte.

## LA TUMBA DE LA BELLEZA

*A Marie José y Octavio Paz*

Frente al cementerio municipal  
de San José del Cabo

— un disparejo  
cuadrángulo que circuye una barda  
semiderruida donde acampó la llamarada —,  
fulgente, diminuto,  
repentino haz de brillos,  
igual que una viva luz de bengala  
revolotea un colibrí.

Mirífica  
detonación, chispazo azul y verde,  
coquete emplumado en el preludio de la fiesta.  
Voló arriba del muro:  
en un segundo estaba  
en el fondo del panteón.

Impulsivamente  
lo seguimos.

Parecía danzar  
poseído de una urgente tensión,  
vibrante, como un junco  
atravesado por una corriente eléctrica:

Centelleó oscilando  
encima de una tumba:  
trazaba qué sé yo  
qué signos...

Habría sido insensato  
no acercarse a esa tumba.  
(Después el colibrí voló hacia el mar.)

Estragada por el clima y los años,  
roturada por la insuave maleza,  
la lápida ostentaba un epitafio.  
Testimonio borroso  
de una historia borrada,  
como arena en al arena, desleídos,  
se leían estos endecasílabos  
en una sexta rima amonedados:

*Fría, insensible bajo de esta losa,  
Víctima triste de la Parca airada,  
Una joven beldad yerta reposa  
Con lágrimas tiernísimas llorada.  
Mortal, si has conocido los amores,  
En su túmulo vierte algunas flores.*

Conmovidos, cortamos  
flores de los arbustos y los setos cercanos:

bugambilias, violetas, plúmbagos irisados.

Con un matojo seco

barrí la lápida

y depositamos

Patricia y yo el improvisado ramo.

Salimos sin hablarnos.

Al lado de otra tumba

se lo conté al poeta.

Me dijo:

“No podría

describirse la luz.

Un hombre es capaz sólo

de expresar su experiencia.

Los amantes padecen el amor,

pierden el cuerpo y/o extravían el alma;

los amantes desdeñan los placeres

efímeros...

El amor es mortal:

destruye a los amantes

si antes ellos, hartos, no lo aniquilan.

Para salvarlo (y aun: para salvarse)

los amantes deben saber mirarse

hondamente a los ojos.

Amor es verse directo a los ojos.

No obstante, para probar su prometido fruto,

es preciso que sepan *ver juntos* hacia arriba.

Y tal vez un día uno

se acordará de otro, que amó las flores...”

## LA CORONA

*A Rubén Bonifaz Nuño*

\*

Un anciano, de belleza soberbia,  
visto de perfil. Su cabeza blanca,  
su rostro es inmenso: ¿quién le disputa?  
Mira desde una *altura inescrutable*.

\* \*

Alguien, perdido en la maleza, inmóvil  
bajo al mercurial luz de la luna,  
ve de pronto a un pájaro posarse  
en la rama de un álamo, tan cerca  
de su mano que con sólo extenderla  
lo tocaría. ¡Ah, oh, pero al instante  
el pájaro desaparece! Una racha  
de viento lo sacude. Y tembloroso,  
tambaleante, el hombre escucha voces.  
Despojado de la carne y la sangre  
se contempla a sí mismo y su esqueleto,  
y sus vestidos vuelan hacia él.  
...Pára la acción del viento y de los días.

(Quizá sus miembros serán repartidos  
y sus pies abrasados en una hoguera  
hasta el alba: será como una rueda  
que ha perdido los rayos y la llanta.)  
Y muchos no lo reconocerán:  
dirán que ha pervertido la memoria.  
No ignorará sin embargo que debe  
borrar su predilección, su pasado.  
Su cuerpo exhala olor de podredumbre.  
Entonces puede decirse que es otro.

\* \* \*

Dime, cristal herido por la luz,  
piedra celeste, cuarzo o camacita:  
piedra del rayo, bezoar: espejo  
enterrándose, joya en el lodazal  
para ver a lo lejos y en el fondo  
de los mudables años y las millas,  
¿qué zumbido de alas, di, o cuál furor  
de ascuas, cerco de purpúreas rosas,  
le irrita aún la frente delicada?  
Porque también flores abiertas ciñen  
las graciosas cabezas de los muertos...

\* \* \* \*

Y la Reina, que está sentada en lo oscuro,  
sí, la que hierve el agua en su vasija  
de barro negro, atiza en el fogón  
las rojísimas brasa y lo arrulla.  
Tal vez quiere contarle lo que sabe:  
el secreto que fluye de su fuente.  
Lo acogerá en su entraña: es la virtud  
nativa de la carne transformada,  
sombra del sol, saliva de la luna.

*Oh, madre mía, aún siento en las sienes  
palpitando en su círculo dorado  
una vieja nostalgia de coronas...*

# El fuego y la piedra

## VÍA SENSITIVA

Como el fuego actúa cuando embiste,  
que desata y trastorna los vínculos  
de los gráciles cuerpos que inflama,  
se asienta, como el fuego, un deseo.

(¡Cuánto arriesga en la oscuridad, ay,  
la conciencia: hambre cuya fuente  
ciegamente te nutre y la templa!)

El lenguaje también a su tiempo  
ofrendo contigo, cimbreante.

Es llama su sentido difícil.

¿Y qué increíble cosa no dice  
que guste un rastro de hondo deleite?

Mueve a ello, encendida de vida,  
la ternura de su condición.

Y no porque sea viva siempre,  
sino porque a tal efecto el habla  
se goza en lo que nombra, y su gracia  
no está ociosa y acaece el centro  
del sentido que sí puede llegar.

Así pasa esta fiesta. Por tanto  
cuanto más abundante y seguro  
y frecuente lo haga, mover  
los sentimientos su privilegio  
solo será. En las cosas la fuerza

de su operación las determina.  
Es así como el fuego y la piedra,  
que tienen movimiento y virtud  
para andar al centro de su esfera  
y sin embargo de allí pasar  
no pueden, ni dejar de llegar  
ni de estar allá, sólo consiguen  
librarse mediante un fin violento;  
tal el lenguaje: será en sí cuando  
en la capacidad de su ser,  
según la fuerza de su afección,  
acceda al último y más profundo  
ámbito de goce y se comprenda  
y se ame como tal su dicción,  
la copiosidad de su deleite  
perpetuamente, ay, insatisfecho.  
Y se abre felizmente en sus vías  
semejante al nítido cristal  
que cuanta más luz va recibiendo  
también se va reconcentrando  
en él, estando pues en ella todo  
esclarecido, centelleante,  
fiel, como la llama en su materia,  
vivo en el amor de las palabras...

*FAUSTO*, PARTE PRIMERA, ESCENA 1

Contigo en la alta sombra,  
al acecho de ti,  
la forma humana.  
¿Es que alienta la muerte  
ahí, *inequívocamente*?  
¿Cuál, o qué viene a ser?  
La medianoche guarda,  
como una joya pura  
en el secreto fuego  
de sus simas heladas,  
la figura certera,  
las facciones de fuerza  
de la sustancia edénica.  
¿Quién eres que me exiges  
lo que no está en mis manos?  
Reconoce al espíritu  
de la rugosa tierra;  
quizá porque la muerte  
nos conduce a la *Ciencia*.  
¿Mintió el árbol? Al fin  
la sola cosa cierta  
hacia la más segura,  
remota hora nos lleva.  
Saber, aunque mortal,  
ser verdadero  
en *tu* placer. Despierta,

y que tus actos sean  
diferentes del último,  
pues te igualas no más  
a aquello que concibes.  
Zumba el telar del tiempo  
tejiendo los vestidos de Dios.  
(Tañido de campanas...)

## CLARIDAD DE LA MUERTE

Ya la muerte. Y aquel que con audaz ánimo  
frente a su claridad resista a tal hecho,  
que se extinga en un exilio sin retorno  
o se disipe, como el grano aterrado;  
mas de súbito verdea, vuelve el ímpetu  
en la noche intersticial convulsionando  
en silencio la vida, porque ya es.

Así, ofrenda y resplandor, la impaciencia  
se anula, igual que el sol irritante, ilímite,  
ciega, acumulada de sombra, la sed.

La conciencia se esclarece de oscuridad.

## IMPETRACIÓN

Arriesga un afecto,  
así sea nimio;  
no, no lo inadviertas.

El otorgamiento  
de aquello que enciende  
la honda oscuridad,  
la febril identidad  
nuestra, oh despiadada,  
dármelo no evites.

Punzante, como un  
cuchillo de sílice,  
tu desdén me agravia.

La fuerza decrece.  
Se posterga el cielo

*TEMPORE BRUMALIS*

Ven, ¡oh tú!, ven: se anula sin tristeza el invierno.

Cambia el sol de un principio. Recomiienza  
y no cede un vínculo. Vehemencia.

¡Ven, ven, intacta: comparte mi sueño!

## *ANIMO VERNALIS*

Esplendor asido con gentileza: tu cuerpo.

Tu apetencia: el ardor, fuente última; tú, intachable,  
yaces. (El saberse pares prenda, sin remedio.)

Exaltas, muy mucho fiel a sí, el movimiento.

Llegas, alta como el día, ah, y tiembles,  
infatigablemente amante. Licenciosa.

Con todo y por todo. El deleite se repliega  
brillando. Te prodigas. Como el fuego se extiende,  
te enalteces en el auge de ti. El placer te ansía.

## CAMAFEO

No vacilan: se ofrecen las palabras  
buscando en la tibiedad de tu piel  
y tu sueño se engasta en mi memoria  
interminablemente.

Hasta el fin el tiempo es  
lo idéntico a la forma de un deseo.  
Acrecentabas mis días, muchacha;  
con delicia frecuentamos la fábula.  
La dicha enervante vuelve a mi pecho.  
Conocimiento de lo inacabable,  
abisal, te llamé.

Y mis palabras, mis palabras sueñan.  
Cultivamos el viento.

## CRÓNICA

Mi corazón ansiaba  
atesorar fulgentes  
pavesas de su corazón.  
¡Hija del aire, le canté,  
vuélvete, entona para mí  
las estrofas más sabias!  
Como en aquella antigua,  
melodiosa romanza,  
“aventura a lo que amas”  
fue su ambigua respuesta.  
¿Quién pudo pues no ser  
excluido, sino yo  
cautivo y admirante?  
Mas aire eran tan sólo las palabras.

## PARUSÍA

El sol en el cenit.

Profundiza el espacio

el viento: turbación

de la luz. Abajo agua

semejante al acaso.

La identidad se anega

en sí misma, pugnaz,

hasta neutralizarse

en la honda certidumbre.

¿En dónde tus palabras,

movedizas palabras,

al igual que semillas

en humus esparcidas

retan la oscuridad?

La oscilación aérea

de su fruto reclama

—lengua, numen— horror

del grávido futuro.

Elucidas constantes

que rechazan...

# Alicuanta

*Me da risa esta sogá  
rubí  
que rechina en mi cuerpo.*

César Vallejo

ALICUANTA 666

Desde que tanto a describir alcanza  
la mano brota luciente la palabra *Amor*.  
¡Fe repentina, toda exclamación!  
En el pensamiento: piel tuya, gozosamente;  
en cada cosa, porcelana o arcilla, ébano,  
ámbar, en cada cosa el brillo puro  
capta y cristaliza mi empeño en ti.

Tal vez silenciosa-mente la muerte  
quiere también el alba. Pues aquello  
que ilumina la mano muestra la plenitud  
de la sed sin reservas: penetrante,  
como cuarzo en el agua, transparencia muy lúcida,  
fija en un tiempo que a tu frente abrasa.

Y ondula este minuto vibrante, como el sol  
en el frescor de la autora en invierno.  
Y tu afán viaja, a expensas de la nube;  
arrebatado, invicta,  
blanda entre todas: compartes conmigo  
aérea alegría codiciable.

Sí, se afina la nube. Y se anula: cómo el viento  
conduce al sol inmóvil. Irradiante.  
Tal una suntuosa vidriera atravesada

por una luna en trance, iris y azogue,  
atadura de brisa para un ámbito  
de ópalos: llamea el amor, llamean  
sus pétalos de espuma inextinguible.  
Conocerías cómo, materia dulce, imanta  
el corazón de la amistad las horas  
ínfimas o virtuales, hondas siempre.  
¿Percibirás la clara semejanza?  
¿Recorrerán su pecho, palmas mías?...

La mano de un hombre abreva y se amerita  
en la luz de ternura. ¿Fuera acaso  
gema o fruta, membrillo sedoso, qué rubí  
en bolsa de gamuza o sobre labrado cedro  
más amorosamente acariciado?  
Palpitas, incoercible: el amoroso amor,  
estremecida, te dilata. ¿Sí? ¿Otra vez? ¿vuelves?  
Con qué ávida avidéz tu cuerpo se solaza.  
Y dices: “Es el ardor más querible:  
melifica mis miembros,  
oh, sí, e inventa a expensas del sentido.  
Tus manos, amado, que continúas  
por entre las dunas de mis caderas,  
que no se aparten, pródigo,  
cuando el estrépito del ser que te alza  
en vilo de mí se prenda... Conoce:

más frágil el espíritu  
decae si esparciéndose no habita y se honra  
en lo prohibido”.

Y yo: “Tu cuerpo me sacia y se fascina. Amar  
es la pasión que no traiciona la tradición.

Uno, como el agua: así vibra tu cuerpo.

Es el medio, es el sueño, es la amistad  
de la grandeza, la llama íntegra,  
el fundamento, el pregón y la voz...

¡Hónrate buscando a su tiempo al tiempo!

Dime: ¿con cautela, en silencio, la pauta hendida,  
buscando el olvido se aplacaría?

Tu mirada, incesante: la vida, sin duda”.

Y las palabras viajan hasta quien, como un lince,  
preña la fuerza que lo purifica  
afirmando su razón. El yo y el tú crepitan,  
ígneas; y pues te nutrió el deseo,  
alégrate: la muerte acecha. Mas entretanto  
te arrebató pura incandescencia en alma viva.  
Deja que reconcilie aquel que prevé que cree...

## ME TURBA TU ESQUELETO

Me turba tu esqueleto.

Vida, debo decirte: descubrí en la sintaxis  
de tus huesos recónditos  
la raíz de mi antojo más secreto.

Constaté, oh alma mía, que mis ansias  
categóricas se cifran en esto:

gesto, caricia, abrazo apasionado,

*roce, mordisco o beso*

que pueda yo ofrendarte,

no tienen otro intento

ni otra querencia que posarse

al fin en tu magnífico esqueleto.

Amada: anhelo ahondar en ti

tanto y tan íntimamente, que creo

que no vacilaría en arrancar

con mis uñas las delicias de tu piel tiernísima,

retirar fibra a fibra tu vestido

de tan gráciles músculos, de nervios

resplandeciendo en cada filamento,

para abocarme a la minuciosa cirugía

de desceñirte toda y por completo

y conocerte y disfrutar de ti

así por afuera como por dentro.

¿Quién me dará la gracia

de abismarme en la hondura de tu ser perfecto?  
Amor mío, te lo confieso:  
me desvela el misterio,  
*misterio tremendo*, de contemplarte  
en la blancura insigne de los huesos.  
Hasta la médula quisiera, amada,  
penetrar en tu cuerpo: piel adentro,  
tejidos, linfa adentro, y entregarme  
al deleite exultante de sorberte el tuétano.  
Cada célula mía, voraz, te ama  
y te apetece, cada músculo, mía, tenso  
hacia ti gravita, como hacia el fondo  
de un inconcebible agujero negro.  
En el corazón de mi pensamiento  
estás tú, ¡oh tú!, desnuda hasta los huesos.  
Mi cielo está en zambullirme en tu cuerpo.  
Me pasman el garbo undoso de tus movimientos  
peristálticos, la burbujeante  
cadencia de tus órganos tejiendo  
y destejiendo la vida, el susurro  
nocturno de tu circulación. Veo  
estremecido la rotación de tus ovarios,  
la masa violácea de tus vísceras  
palpitantes, y escucho los secretos  
camino de la sangre en tus arterias  
y venas poplíteas, en la safena interna,

la arteria anastomótica;  
el sordo bombear de los ventrículos  
latido a latido, aliento a aliento...,  
¡oh apetecida!, y entonces se acrece  
mi deseo de poseerte recónditamente.  
Y como en los soberbios  
festivales en honor de Toci o de Xilonen,  
la mano blandiendo diestra el escalpelo,  
muy amorosamente desollarte  
y adorar tu pellejo  
e irrumpir en la noche  
prodigiosa de tu fisiología... Es cierto:  
busco, como en otras conturbadas “Bodas Negras”,  
tener entre mis brazos tus bien formados miembros  
descarnados, estrechar tu mondo costillar,  
acariciar tu pelvis, ya sin velos,  
y enlazado a tus húmeros y fémures,  
los eminentes cóndilos ciñendo,  
bailar con tu calavera en el cuenco  
de mis ávidas manos, contemplando  
en el fondo de tus órbitas huecas  
los designios del ardiente universo  
y en el vasto vacío, allí, oscilar a las altas,  
resplandecientes espirales de las galaxias,  
como en el cristalino, puro, neto,  
vertiginoso cráneo mexica de cuarzo,

hasta hallar en la entraña profunda,  
más allá del abrazo, más allá del deseo  
y de la benignidad de los cuerpos,  
el reposo que depara la huesa.

Señora, ¿cómo podré decirte lo que siento?

Yo quiero anticiparme a las virtudes  
de la nada del polvo y sus excesos.

Y como en un prístino grabado de Posada  
—a igual distancia del misticismo y los escépticos—  
reconocer la verdad de la vida en la muerte  
el enigma de amor mostrando entero.

Pues la experiencia última de la carne radica  
¿lo sabemos? en su aniquilamiento.

Y si fuese necesario, para comprenderlo,  
arrostrar los silbidos pestilentes,

las horrendas flores azules

de la putrefacción,

la carne deshaciéndose en estertores lentos

de alud o catarata sin premura,

aun así me encontrarías dispuesto

a penetrar en el gran arcano de tu cuerpo.

Amor, de veras, créeme, me turba tu esqueleto.

*GLORIA IN ELSEXIS DEO*

Nuestros ángeles hablan

*ricas lenguas arpadadas.*

Cuando los dos se juntan  
es radiante su plática.

Por supuesto no desconocen  
de las cosas divinas nada,  
pero entre sí no discuten abstrusos  
problemas de teología o cábala,  
condenaciones, no, ni absoluciones,  
cuestiones enigmáticas.

Nada dicen de castigos o premios  
o de la ardua salvación de las almas.

Soslayan los recónditos  
revecos de la ciencia sagrada.

No anatemizan ni batallan  
ni enarbolan flamígeras espadas  
para verte un subvertido edén.

Equidistan del cielo y el infierno.

Habitan un flagrante paraíso.

Son un par de ángeles caníbales:  
la afanosa carne los arrebata.

Los intriga el misterio  
que electriza los cuerpos  
de la planta a las palmas  
y dilata los ánimos y pone  
la mirada más diáfana.

Nuestros ángeles hablan  
ricas lenguas arpadas.  
Cantan sones seráficos  
de acordadas palabras;  
uno al otro se dicen  
lo que, cuando se enlazan,  
nuestros cuerpos quisieran  
comunicarle al alma.  
aman las virtudes y vicios  
del placer y sus dádivas,  
el abrazo que enciende  
y la perennidad que avala.  
Y porque está en ellos mismos el ser,  
el motivo y la entraña,  
la substancia y la voz  
de la divinidad alada,  
son lo que son, lo que están siendo.  
Y en la fiel penumbra de la recámara  
musitan cadenciosos  
las palabras más sabias  
en honor del amor  
en mutuos cuerpo y alma.  
Nuestros ángeles hablan  
ricas lenguas arpadas.